

**TIEMPOS
PELIGROSOS
HOMBRES
PELIGROSOS**

OSCAR NUNCIO

TIEMPOS PELIGROSOS

HOMBRES PELIGROSOS

OSCAR NUNCIO

Copyright © 2025 by Oscar Nuncio

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otro— sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas incluidas en artículos o reseñas de carácter crítico.

Las citas bíblicas son tomadas de la versión *Reina Valera* 1960 de las Sociedades Bíblicas en América Latina.

Primera edición

ISBN: 9798298581547

Dedicación

A mi maravillosa familia, que son una fuente constante de fortaleza, amor y ánimo.

Contenido

Dedicación	III
Prólogo	VII
Capítulo 1: Amadores de Sí Mismos	11
Capítulo 2: Amadores del Dinero	17
Capítulo 3: Jactanciosos	23
Capítulo 4: Soberbios	29
Capítulo 5: Difamadores	35
Capítulo 6: Desobedientes a los Padres	41
Capítulo 7: Ingratos	47
Capítulo 8: Impíos y Profanos	53
Capítulo 9: Sin Amor Natural	59
Capítulo 10: Implacables o Irreconciliables	65
Capítulo 11: Calumniadores	71
Capítulo 12: Sin Dominio Propio	77
Capítulo 13: Crueles	83
Capítulo 14: Aborrecedores de lo Bueno	89

Capítulo 15: Traidores	95
Capítulo 16: Impetuosos o Imprudentes	101
Capítulo 17: Infatuados o Engreídos	107
Capítulo 18: Amadores de los Deleites	113
Más que de Dios	113
Capítulo 19: ¿Dónde Están Estos Hombres Peligrosos?	119
Conclusión: El Carácter Importa Más Que Nunca	125
Acerca del Autor	129

Prólogo

Tiempos Peligrosos, Hombres Peligrosos

La versión *Reina Valero* titula 2 Timoteo capítulo 3 como: “*Carácter de los hombres en los postreros días*”. Es un capítulo sobrio—no trata sobre guerras, plagas o desastres naturales, sino sobre algo aún más peligroso: la corrupción del carácter humano. Pablo presenta una crisis espiritual, una que revela un déficit generalizado de carácter piadoso en los últimos días.

Este capítulo no es simplemente una advertencia sobre el mal comportamiento; es un espejo para el alma humana. Expone el tipo de personas que la sociedad producirá cada vez más cuando se aparte de la imagen de Dios.

Fuimos creados para reflejar el carácter de Dios. En **Génesis 1:26**, Dios dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”. Luego, en Génesis 2:7, Dios forma personalmente al hombre del polvo y sopla en su nariz aliento de vida. Este “toque personal” afirma la dignidad y el valor de

la humanidad. Ser hechos a la imagen de Dios significa parecernos a Él—no físicamente, sino en carácter, moralidad, creatividad y capacidad relacional.

El Nuevo Testamento confirma esto aún mas. En **2 Pedro 1:5–8**, se exhorta a los creyentes a crecer en el carácter piadoso:

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.”

Pedro nos recuerda que se nos dio la capacidad de reflejar la naturaleza de Dios. Pero esto no ocurre automáticamente—requiere intención, esfuerzo y rendición. Sin ello, incluso los cristianos corren el riesgo de volverse ineficaces, infructuosos y vulnerables al engaño.

Ahora contrastemos esto con lo que Pablo dice en 2 Timoteo 3:1–5, donde enumera **dieciocho características** que dominarán en los últimos días.

Estos rasgos describen a una generación que ha cambiado la imagen de Dios por la adoración de sí misma, la codicia y la decadencia moral. No son rasgos limitados a unos pocos marginados; se han infiltrado en el liderazgo, las familias, las escuelas, los gobiernos—e incluso en los pulpitos.

Pablo escribe en 2 Timoteo 3:1–5:

“También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.”

Esta lista no es solo una descripción del mundo—es un diagnóstico para la iglesia. Nos llama a examinarnos. ¿Estamos reflejando el carácter de Dios, o simplemente imitando una imagen religiosa mientras negamos su poder?

En los capítulos siguientes, examinaremos cada uno de estos dieciocho rasgos peligrosos uno por uno. Buscaremos en las Escrituras, reflexionaremos sobre ejemplos de la vida real y pondremos nuestras vidas a la luz de la Palabra de Dios. El objetivo no es solo exponer el pecado, sino restaurar la imagen de Dios en nosotros.

Estos son tiempos peligrosos. Pero Dios todavía está llamando a personas de carácter, valor y convicción a levantarse—no hombres peligrosos, sino hombres y mujeres poderosos en la fe.

Capítulo 1: Amadores de Sí Mismos

Pablo comienza su lista de deficiencias de carácter de los últimos tiempos con un rasgo fundamental y peligroso: “los hombres serán amadores de sí mismos” (2 Timoteo 3:2). Esto no se refiere al respeto propio sano ni a una identidad equilibrada—describe una obsesión tóxica con uno mismo. La palabra griega *philautos* significa amarse a sí mismo de manera extrema. Es una adoración interna de la propia importancia, ideas, deseos e imagen. En una cultura donde el “amor propio” se promueve como la virtud suprema, Pablo advierte que esta actitud se volverá generalizada y destructiva en los últimos días.

En la raíz de este amor peligroso está el **narcisismo**—una personalidad volcada hacia adentro, emocionalmente inflada y espiritualmente vacía. Las personas narcisistas a menudo parecen seguras, encantadoras o decididas, pero su confianza es una máscara que cubre una profunda inseguridad. Anhelan la admiración y el control, pero les cuesta

dar amor genuino o recibir corrección. Son extremadamente sensibles a la crítica y, con frecuencia, manipulan situaciones o personas para proteger su ego.

Sus relaciones tienden a girar en torno al beneficio personal: *“¿Qué puedes hacer por mí?”* Pueden servir, pero solo cuando mejora su imagen. Pueden dar, pero solo si reciben reconocimiento. La verdadera humildad y vulnerabilidad les resultan ajenas, porque siempre están enfocados en mantener un exterior impecable. En resumen, un narcisista ve la vida como un espejo que siempre debe devolver elogios, no la verdad.

Las Consecuencias del Amor Propio

La auto-obsesión distorsiona las relaciones. Los amadores de sí mismos tratan a otros como accesorios o como obstáculos. Su energía gira en torno a mantener una imagen, alimentar su ego y proteger su posición. La decepción, la ofensa y la división son consecuencias frecuentes porque su amor es condicional: fluye solo cuando sirve a su imagen.

Jesús nos dio un mandato muy diferente:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.” (Lucas 10:27).

Jesús asume una forma básica de amor propio—no egoísmo, sino cuidado. Nos alimentamos, nos vestimos, nos defendemos. Si aplicáramos esa misma compasión y atención hacia los demás, el mundo sería radicalmente diferente. Pero cuando el amor se vuelve hacia adentro y se queda allí, se convierte en algo destructivo.

El Fariseo y el Publicano: Una Imagen del Orgullo

Jesús cuenta una historia contundente en Lucas 18:9–14 que ilustra la diferencia entre la humildad y la auto exaltación. Habla de un fariseo que entra en el templo y se jacta de su ayuno, ofrendas y conducta moral. Luego lo contrasta con un recaudador de impuestos quebrantado que simplemente se golpea el pecho y clama: “*Dios, sé propicio a mí, pecador.*”

El fariseo se amaba demasiado a sí mismo para reconocer su necesidad. El publicano sabía exactamente dónde estaba—y Jesús dijo que este se fue a su casa justificado:

“Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.” (Lucas 18:14).

La jactancia y el orgullo siempre caminan de la mano del amor propio. Pero la humildad, no la autopromoción, es la clave para recibir gracia.

Reflexiones Culturales: El Auge del “Yo Primero”

En el mundo actual, ser “autosuficiente” o “hecho a sí mismo” es celebrado. Las redes sociales prosperan con la imagen personal, los momentos cuidadosamente seleccionados y la autopromoción. Incluso en el ministerio y el liderazgo, la tentación de construir una plataforma en lugar de construir personas está siempre presente. Pero el evangelio nos llama a rendir el yo, no a glorificarlo.

Pablo dijo en Gálatas 2:20:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”

El hombre peligroso se ama a sí mismo por encima de todo. El hombre transformado ama a Cristo por encima de sí mismo.

La Cura para el Amor Propio: Negar al Yo

Jesús dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame.” (Lucas 9:23)

Negarse a sí mismo no significa devaluarse. Significa que ya no dejamos que el yo nos gobierne. Entregamos nuestra voluntad egoísta para que la voluntad de Dios nos guíe. Esto es lo opuesto a vivir peligrosamente—es vivir poderosamente.

Pablo describió los últimos días como tiempos en que la gente tendría “apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella.” El poder de la piedad es más evidente cuando hombres y mujeres dejan de

vivir para satisfacer la carne y comienzan a vivir para glorificar a Cristo.

Preguntas de Reflexión

1. ¿De qué maneras busco atención, elogio o admiración para mí mismo en lugar de para Dios?
2. ¿Cuándo soy más tentado a exaltarme o proteger mi imagen?
3. ¿Cómo puedo comenzar a negarme a mí mismo en cosas pequeñas cada día?
4. ¿Cómo se ve en la práctica “gloriarse en el Señor” en lugar de en mí mismo?

Capítulo 2: Amadores del Dinero

Después de su advertencia sobre la auto-obsesión, Pablo continúa su lista de deterioros de carácter en los últimos tiempos con otro rasgo peligroso: “*avaros*” (2 Timoteo 3:2). Al igual que el amor propio, el amor al dinero tuerce algo natural en la vida y lo convierte en un ídolo. El dinero, en sí mismo, no es malo. **El dinero sirve para todo** (Eclesiastés 10:19). Es neutral—simplemente un medio de intercambio. Pero cuando el dinero se convierte en amo en lugar de herramienta, abre la puerta a la decadencia espiritual y a la destrucción personal.

Pablo es claro en su advertencia en 1 Timoteo 6:9–10:

“Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hundén a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al

dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.”

El amor al dinero se convierte en un sistema de raíces—alimentando otros pecados como la avaricia, la envidia, la deshonestidad, la opresión y el compromiso espiritual. El problema no es tener dinero, sino codiciarlo, confiar en él equivocadamente y estar dispuesto a perseguirlo por encima de Dios y de los demás.

Apetito sin fin, alma vacía

El escritor de Eclesiastés, uno de los hombres más ricos y sabios de la historia bíblica, observó la vacuidad de una vida orientada al dinero:

“El que ama el dinero no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener no sacará fruto. También esto es vanidad.” (Eclesiastés 5:10)

El corazón del amante del dinero es inquieto. No importa cuánto gane o acumule, nunca es suficiente. El apetito crece, pero la satisfacción nunca llega. Por eso el amor al dinero no solo es un peligro para el

alma—es una forma de esclavitud. Cuanto más lo perseguimos, más nos posee.

La falsa seguridad de las riquezas

Uno de los efectos más engañosos del dinero es la ilusión de control y seguridad que proporciona. Cuentas bancarias, inversiones, propiedades y posesiones pueden hacer sentir a una persona intocable. Pero la Escritura nos recuerda que las riquezas pueden desaparecer de la noche a la mañana, y que ninguna cantidad de dinero puede asegurar la paz eterna.

Jesús dijo en Lucas 12:15:

“Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.”

El peligro no está en usar el dinero—sino en confiar en él. Cuando el dinero se convierte en nuestra fuente de identidad, confianza o influencia, ha ocupado el lugar que solo pertenece a Dios.

Hebreos 13:5 nos da un mandato y una promesa:

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré.”

La clave para la libertad es el contentamiento, y la clave del contentamiento es confiar en la presencia y provisión de Dios.

Amadores del dinero en el mundo actual

En nuestra cultura moderna, el amor al dinero se ha normalizado. Mueve industrias, influye en elecciones, define el éxito y, a menudo, moldea la moralidad. Lo vemos en la corrupción corporativa, el soborno político, negocios deshonestos y estrategias de mercadeo manipuladoras. Incluso en el ministerio, el dinero puede convertirse en un motivo oculto. Pablo advirtió de aquellos que usan la piedad *“como fuente de ganancia”* (1 Timoteo 6:5). Esto no es un problema teórico—es una crisis real.

Hay ministros que comienzan bien, con pasión por las almas, pero terminan persiguiendo estatus, aplausos y comodidad financiera. Cuando las finanzas se convierten en el enfoque, la fe a menudo

se convierte en una fachada. El mismo Jesús volcó las mesas en el templo para limpiarlo de quienes habían convertido la adoración en comercio. Dios no bendecirá un ministerio edificado sobre el altar de la avaricia.

El camino de Cristo: contentamiento y generosidad

Lo opuesto al amor al dinero no es la pobreza—es el contentamiento y la generosidad. Jesús habló más sobre el dinero que sobre casi cualquier otro tema, no porque quisiera que fuéramos pobres, sino porque conocía el poder que podía ejercer sobre el corazón. Nos enseñó a aferrarnos débilmente a las riquezas terrenales y a atesorar tesoros en el cielo.

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” (Mateo 6:21)

Debemos preguntarnos constantemente: ¿Está mi tesoro aquí—o en la eternidad?

Preguntas de Reflexión

1. ¿Veo el dinero como un siervo—o se ha convertido en un amo en mi vida?
2. ¿De qué maneras he puesto mi seguridad o identidad en lo que poseo?
3. ¿He comprometido alguna vez mis valores espirituales, morales o relacionales por causa del dinero?
4. ¿Qué pasos puedo dar para cultivar el contentamiento y vivir generosamente?

Capítulo 3: Jactanciosos

La advertencia de Pablo en 2 Timoteo 3:2 continúa con un defecto de carácter agudo: “*vanagloriosos*”. Una persona vanagloriosa es aquella que habla con orgullo de sí misma, de sus logros o posesiones—con frecuencia de forma exagerada o con un afán de auto exaltación. En tiempos peligrosos, la jactancia no solo es común—es celebrada. Pero las Escrituras advierten repetidamente contra este tipo de discurso, que nace del orgullo y la auto-glorificación.

La jactancia es orgullo con micrófono. Busca atención, aplausos y admiración. El jactancioso desea ser visto como superior, más espiritual, más exitoso, más conocedor. Pero en el reino de Dios, el mayor entre nosotros es el siervo, no el auto-promotor.

Gloriarse en el Señor, no en uno mismo

Pablo nos da un mandato claro en 1 Corintios 1:31: “El que se gloria, gloriése en el Señor.”

Si vamos a gloriarnos en algo, que no sea en cuántas personas nos siguen, cuán grande es nuestra

iglesia o cuán talentosos somos—sino en la bondad, fidelidad y misericordia del Señor. Es correcto celebrar la obra de Dios en nuestras vidas, pero la gloria debe ser para Él, no para nosotros.

El peligro de la jactancia es que desplaza el enfoque de Dios hacia el yo. Comenzamos a creer, aunque sea de forma sutil, que nuestro éxito es algo que construimos, ganamos o merecemos. Pero la Escritura nos recuerda lo contrario.

La jactancia de lo religioso: una advertencia

En Lucas 18:9–14, Jesús cuenta una parábola sobre dos hombres que fueron a orar. Uno era un fariseo que, con orgullo, se jactaba de su ayuno, diezmo y justicia. El otro, un publicano, apenas podía alzar la vista—simplemente clamaba por misericordia.

El fariseo se jactaba delante de Dios. Creía que sus obras le daban mérito. Pero Jesús dijo que fue el publicano—el hombre humilde y quebrantado—quien volvió a su casa justificado.

“Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.” (Lucas 18:14).

La jactancia nos ciega a nuestra necesidad de gracia. Construye una plataforma sobre nuestro propio desempeño y silencia nuestra dependencia de Dios.

Jactancia moderna: orgullo espiritualizado

Hoy en día, la jactancia a menudo viene envuelta en un lenguaje espiritual. Puede sonar así:

- “Somos la iglesia de más rápido crecimiento en la ciudad.”
- “He escrito varios libros exitosos sobre liderazgo.”
- “He entrenado personalmente a miles de pastores.”
- “Nuestro ministerio alcanza a millones en todo el mundo.”

Estas afirmaciones pueden ser ciertas, pero cuando se utilizan para elevarnos a nosotros mismos, en lugar de glorificar a Dios o edificar a otros, se vuelven peligrosas. No son los hechos en sí lo que es pecado—es el espíritu detrás de ellos.

Dios no se impresiona con números, títulos o plataformas. Él busca corazones humildes y quebrantados que tiemblan ante Su Palabra.

“Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.” (Isaías 66:2).

Dios aparta Su mirada del jactancioso—pero se inclina hacia el humilde.

Una cultura de jactancia

Vivimos en una generación impulsada por la marca personal y la autopromoción. Las redes sociales han hecho fácil crear una imagen y mostrar solo las mejores partes de nuestra vida al mundo. Pero esta necesidad constante de ser visto, admirado y seguido está en oposición al corazón de Cristo.

Incluso en el ministerio, existe la tentación de convertir los testimonios en herramientas de mercadeo y las plataformas en pedestales. Pero Jesús modeló lo contrario—Se vació a sí mismo, tomó forma de siervo y abrazó la humildad hasta la muerte (Filipenses 2:5–8).

En un mundo lleno de ruido y auto alabanza, la voz humilde que apunta a Cristo resalta.

Preguntas de Reflexión

1. ¿En qué áreas de mi vida tiendo a jactarme —ya sea pública o privadamente?
2. ¿Encuentro más gozo en ser reconocido por la gente o aprobado por Dios?
3. Cuando comparto testimonios o logros, ¿quién recibe el protagonismo—yo o Cristo?
4. ¿Qué formas prácticas puedo adoptar para crecer en humildad y dejar que Dios sea mi defensor y promotor?

Capítulo 4: Soberbios

Mientras Pablo continúa su lista en 2 Timoteo 3:2, añade otro rasgo peligroso: “*soberbios*.”

La soberbia o arrogancia es el orgullo en su forma más pública. Mientras que las personas jactanciosas hablan bien de sí mismas, los arrogantes se conducen con un aire de superioridad. No se trata solo de lo que dicen—sino de cómo ven a los demás, cómo ejercen su autoridad y cómo responden a la corrección.

La soberbia puede definirse como una visión exagerada de la propia importancia, habilidades o posición. Es un ego inflado envuelto en derecho propio. Los arrogantes creen que son mejores, más inteligentes, más merecedores o más valiosos que los que les rodean. Miran hacia abajo en lugar de tender la mano. En el fondo, la soberbia no es confianza—es confianza corrompida, desconectada de la humildad y la rendición de cuentas.

Dios Resiste a los Soberbios

Santiago 4:6 nos da una advertencia directa:

“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”

La palabra “*resiste*” es un término militar, lo que significa que Dios literalmente se coloca en contra del arrogante. No es una desaprobación pasiva—es resistencia divina. Dios no ignora la soberbia—la confronta.

Esto se debe a que la soberbia ciega a las personas a su necesidad de gracia. Endurece el corazón y pone rígida la cerviz. Cierra los oídos al consejo y abre la boca para criticar. La soberbia resiste el arrepentimiento, asume superioridad y exige reconocimiento.

La Reprensión Bíblica a la Soberbia

La Biblia nos da numerosos ejemplos de cómo Dios ve y trata la soberbia:

- **Salmo 119:21** – “Reprendiste a los soberbios, los malditos, que se desvían de tus mandamientos.”

Los soberbios rechazan la autoridad de Dios. Se apartan de Sus mandamientos porque

confían en su propio razonamiento y rechazan la corrección. Viven como si fueran la excepción a la Palabra de Dios.

- **Jeremías 50:31–32** – “He aquí yo estoy contra ti, oh soberbio, dice el Señor Jehová de los ejércitos... y el soberbio tropezará y caerá, y no habrá quien lo levante.”

Esto fue dicho contra Babilonia y sus líderes, quienes encarnaban el orgullo nacional y la rebeldía espiritual. Dios les advirtió por medio del profeta—pero no escucharon, y el juicio llegó.

- **Daniel 5:20** – “Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino, y despojado de su gloria.”

El rey Belsasar, hijo de Nabucodonosor, ignoró las lecciones de humildad aprendidas por su padre y escogió el orgullo. Su arrogancia le costó el reino. Dios no olvida cuando los hombres se exaltan por encima de Él.

Soberbia Moderna: Sutil pero Peligrosa

En la cultura actual, la soberbia a menudo se oculta bajo capas de profesionalismo, estatus e incluso actividad religiosa. Puede sonar como confianza espiritual pero carecer de humildad espiritual. Puede entrar en una sala con un lenguaje refinado, títulos, grados o riqueza—y, sin embargo, tener un corazón que sutilmente dice: “No necesito ayuda. No necesito corrección. Ya he llegado.”

Este espíritu puede manifestarse en líderes que se rodean de aduladores, en creyentes que tratan a otros con desprecio, o en ministerios que se niegan a arrepentirse cuando se les confronta con pecado.

La arrogancia mata la capacidad de aprender. Sofoca el crecimiento espiritual. Y divide al pueblo de Dios.

Proverbios 16:18 advierte:

“Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu.”

El soberbio cae fuerte—y a menudo, cae solo.

El Llamado a Caminar en Humildad

Miqueas 6:8 ofrece un antídoto simple y poderoso:

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno; y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.”

La humildad no es pensar menos de uno mismo—es pensar menos en uno mismo. Es caminar por la vida con manos abiertas, oídos atentos y un corazón blando delante de Dios. El hombre humilde da gloria a Dios por cada éxito y busca sabiduría en cada fracaso.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Con frecuencia siento que estoy “por encima” de ciertas personas, retroalimentación o responsabilidades?
2. Cuando me corrigen, ¿respondo de una manera defensiva o con humildad?
3. ¿He confundido confianza con soberbia en alguna área de mi vida o liderazgo?

4. ¿Cómo puedo caminar intencionalmente en humildad y permanecer enseñable ante Dios y los demás?

Capítulo 5: Difamadores

Pablo continúa su lista de características de los tiempos peligrosos con una que a menudo se esconde detrás de un discurso ingenioso o de una aparente ira justa: “*blasfemos*” (2 Timoteo 3:2). Un blasfemo o difamador es alguien que habla de manera abusiva, dura o insultante hacia otros. Su arma es la lengua—y la usan para herir, menospreciar y destruir.

Blasfemar es atacar con palabras—maldecir, burlarse, insultar, acusar o propagar comentarios dañinos. Los difamadores suelen ser críticos y hostiles, prefiriendo derribar en lugar de edificar. Sus palabras no están dirigidas a corregir o restaurar, sino a humillar.

La palabra griega usada en el Nuevo Testamento es **λοῖδορος (loidoros)**, que describe a una persona que emplea un lenguaje abusivo o calumnioso. Pablo la usa para referirse a alguien cuya forma de hablar es tan tóxica y destructiva que lo descalifica de la comunión cristiana e incluso de la herencia eterna. Un

loidoros no es simplemente alguien que discrepa—es alguien que hiere con sus palabras de manera hostil o maliciosa.

Tristemente, este rasgo ha llegado a muchos púlpitos, plataformas y voces públicas. En una época en que la valentía se confunde con brutalidad, y “decir la verdad” se usa como excusa para la agresión verbal, debemos examinar con cuidado qué tipo de discurso refleja realmente el corazón de Cristo.

El Abuso Verbal es un Problema de Carácter

Cuando Pablo advierte a Timoteo sobre los difamadores, no se refiere simplemente a personas maleducadas—está alertando sobre un corazón que usa las palabras como armas. Algunos difamadores hablan desde la arrogancia. Otros desde la amargura. Y otros desde un celo mal dirigido que justifica la crueldad como “indignación justa”. Pero este no es un hablar piadoso.

Incluso algunos líderes cristianos (sin necesidad de dar nombres) han ganado fama por destrozar verbalmente a personas desde el escenario,

especialmente a aquellas que luchan con ciertos pecados. En lugar de ofrecer la gracia que una vez los rescató, hablan con condena, burla y desprecio. Pero la Escritura es clara: el habla abusiva es pecado, incluso cuando se viste con ropaje religioso.

Llamados a Bendecir, No a Denigrar

Pedro nos da este mandato directo en 1 Pedro 3:9:

“No devolváis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición.”

Este pasaje no solo desalienta la difamación—la prohíbe. No estamos llamados a devolver insulto por insulto. No estamos llamados a “poner a la gente en su lugar”. Estamos llamados a bendecir.

Esto no significa que evitemos la verdad o minimicemos el pecado. Significa que hablamos la verdad en amor (Efesios 4:15). El amor no difama—alcanza. No insulta—invita.

Jesús Fue Difamado—y Permaneció en Silencio

Jesús mismo fue blanco de difamación constante. Fue burlado, calumniado, escupido y públicamente avergonzado. Y sin embargo, no respondió de la misma manera.

Pedro escribe:

“Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente.” (1 Pedro 2:23).

Si alguien tenía derecho a responder con juicio, era Jesús. Sin embargo, guardó silencio, eligiendo la humildad sobre la represalia. Su ejemplo no es de debilidad—es de autocontrol, confianza y poder divino bajo dominio.

Difamación en la Iglesia: Una Advertencia

Las cartas de Pablo muestran que la difamación no solo es pecado—es un patrón descalificador.

En 1 Corintios 5:11, Pablo escribe:

“Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente (*loidoros*), o borracho, o ladrón; con el tal, ni aun comáis.”

Aquí, la palabra *maldiciente* es *loidoros*. Esto muestra cuán seriamente Dios trata este pecado—lo pone al mismo nivel que la idolatría, la avaricia y la inmoralidad sexual. La difamación nunca debe normalizarse en el liderazgo cristiano, la conversación o la conducta.

Sanar con Palabras en Lugar de Herir

La lengua tiene poder. Proverbios 18:21 declara:

“La muerte y la vida están en poder de la lengua.”

Nuestras palabras pueden maldecir o bendecir, destruir o sanar, dividir o reconciliar. El hombre piadoso lo entiende y usa su hablar como herramienta de gracia, no como espada de juicio.

Efesios 4:29 nos da un estándar claro:

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.”

En tiempos peligrosos, el difamador se multiplica. Pero en el reino de Dios, la voz humilde que trae paz y verdad con mansedumbre brillará como luz en la oscuridad.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Hablo alguna vez de otros con sarcasmo, desprecio o agresión verbal?
2. ¿He usado la verdad como arma en lugar de como herramienta de sanidad?
3. ¿Cómo sería responder a insultos u oposición con bendición?
4. ¿De qué manera puedo usar mis palabras para edificar a otros—aun al confrontar el pecado?

Capítulo 6: Desobedientes a los Padres

Pablo continúa su lista de la decadencia del carácter en los últimos días señalando la ruptura del hogar: “*desobedientes a los padres*” (2 Timoteo 3:2).

En una época donde la autoridad es objeto de burla y la estructura es socavada, esta advertencia es más relevante que nunca. La rebelión en la sociedad no comienza en la política ni en la cultura—comienza en el corazón de un niño, muchas veces sin entrenamiento, sin corrección y sin límites dentro del hogar.

Cuando Pablo menciona “desobedientes a los padres” como una marca de los tiempos peligrosos, está señalando un desprecio profundo hacia la autoridad, el honor y la rendición de cuentas—valores que son fundamentales para cualquier sociedad estable. Cuando la relación entre padres e hijos se rompe, las generaciones sufren.

La Obediencia Enseña Sabiduría

La Biblia enfatiza la importancia de que los hijos obedezcan a sus padres—no solo como una norma cultural, sino como un principio espiritual.

Efesios 6:1 dice:

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.”

Esto es, aceptar su guía y disciplina como representantes de Dios, porque la obediencia enseña sabiduría y autodisciplina.

La obediencia no se trata solo de cumplir órdenes —se trata de formación. Cuando un niño aprende a obedecer a padres amorosos y piadosos, aprende a respetar la autoridad, a valorar los límites y a discernir entre el bien y el mal. Estas lecciones se convierten en una brújula moral que le ayudará a transitar la vida adulta con sabiduría y responsabilidad.

Responsabilidad de los Padres: Disciplinar con Amor

Para que los hijos crezcan en obediencia, los padres deben ser fieles en guiarlos y disciplinarlos con amor y consistencia. La disciplina no es castigo—es entrenamiento. Enseña a los hijos las consecuencias de sus decisiones, la recompensa de la obediencia y la seguridad que brindan los límites.

Proverbios 19:18 nos exhorta:

“Corrige a tu hijo mientras haya esperanza; pero no te excedas hasta destruirlo.” (NVI).

Las consecuencias son serias. No disciplinar a los hijos no es simplemente descuido—puede contribuir a su destrucción. A los ojos de Dios, la disciplina es amor.

Proverbios 13:24 añade:

“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige.”

La cultura moderna a menudo rechaza esta sabiduría como anticuada o dura, pero la Escritura la ve como esencial. La disciplina no se trata de controlar—se trata de cuidar. Un hijo disciplinado

tiene más probabilidades de convertirse en un adulto responsable, respetuoso y espiritualmente consciente.

Tecnología y Desconexión: Una Nueva Forma de Rebeldía

La rebelión de hoy no siempre se manifiesta en gritos, portazos o huir de casa. Muchas veces se esconde detrás de pantallas iluminadas. Los teléfonos inteligentes, las tabletas y las redes sociales se han convertido en padres sustitutos, moldeando la manera de pensar, hablar e interactuar de los hijos. Muchos niños están siendo “discipulados” más por TikTok, YouTube o Instagram que por sus padres o pastores.

Las conversaciones se interrumpen. Las comidas se hacen en silencio. Los ojos se fijan en las pantallas mientras los corazones se alejan de la conexión real. Cuando los padres intentan poner límites o recuperar su autoridad, muchas veces se enfrentan a resistencia, enojo o abierta desobediencia.

Esta desobediencia digital puede parecer silenciosa, pero es ruidosa en el ámbito espiritual.

Representa una creciente negativa a someterse a la sabiduría paterna y una alarmante desconexión emocional entre generaciones. Dispositivos diseñados para mejorar la vida se han convertido, para muchas familias, en ídolos que la socavan.

El Llamado a Restaurar el Honor

Dios diseñó la familia como el primer lugar donde los hijos aprenden sobre estructura, obediencia y amor. Cuando estas lecciones se pierden en la infancia, muchas veces deben aprenderse dolorosamente más tarde, a través de fracasos, dificultades o la corrección divina.

La obediencia en el hogar es un bloque fundamental del carácter piadoso. La desobediencia a los padres no solo conduce a hogares rotos—prepara el terreno para la rebelión contra toda forma de autoridad divina, incluyendo a Dios mismo.

Si queremos tener una generación que honre a Dios, debemos restaurar el honor en el hogar. Esto comienza con padres que disciplinen con amor y modelen integridad—y con hijos que aprendan a

escuchar, obedecer y valorar a quienes han sido puestos por Dios para su cuidado.

Preguntas de Reflexión

1. Como padre o líder, ¿estoy guiando y disciplinando fielmente a los que están bajo mi cuidado?
2. Como hijo o hija—sea joven o adulto—¿estoy honrando y respetando a mis padres?
3. ¿Han debilitado las pantallas o redes sociales los lazos de autoridad y comunicación en mi hogar?
4. ¿Qué pasos puedo tomar para reconstruir la conexión, establecer límites claros y cultivar el respeto?

Capítulo 7: Ingratos

Pablo continúa su lista de características peligrosas en 2 Timoteo 3 describiendo a las personas que son “*ingratas*”. La palabra griega usada aquí es “**ájaristos**” (ἄχαριστος), que significa sin gracia, desagradecido o carente de aprecio. Proviene de la raíz *járis*, que significa gracia o don. En otras palabras, ser ingrato es no responder a la gracia—ignorar las bendiciones, minimizar la misericordia y dar por sentada la bondad.

La ingratitud no es simplemente mala educación —es una condición espiritual. Revela un corazón ensimismado, lleno de derecho propio y ciego a la bondad de Dios. Es una postura del alma que dice: “Esto me lo merezco” en lugar de “Gracias, Señor.”

Ingratitud como Señal de Orgullo y Rebeldía

El corazón ingrato suele ser compañero de la arrogancia y el egoísmo. Quienes son ingratos tienden a enfocarse en lo que les falta, en vez de en lo que han recibido. Ven la vida a través de un lente de

comparación, queja y descontento. En lugar de ver gracia, ven carencias.

Pablo describe claramente este declive espiritual en Romanos 1:21:

“Pues aunque conocían a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido.”

Cuando las personas dejan de dar gracias, su corazón se enfría, se confunde y se oscurece espiritualmente. La ingratitud abre la puerta al engaño, la idolatría, la amargura y la rebelión.

La Gratitud es Nuestro Llamado

En contraste, la Escritura llama repetidamente al pueblo de Dios a vivir con corazones llenos de gratitud—no solo como un sentimiento, sino como un estilo de vida.

Pablo escribe en 1 Tesalonicenses 5:16–18:

“Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.”

Nota que Pablo no dice “por” toda situación, sino “en” toda situación. La gratitud no depende de condiciones perfectas; está anclada en la bondad inmutable de Dios. Cuando cultivamos un corazón agradecido, nuestra perspectiva cambia. Dejamos de obsesionarnos con lo que no tenemos y comenzamos a maravillarnos por lo que ya hemos recibido.

El Ejemplo de David: Gratitud en Medio del Dolor

El rey David lo modeló de manera extraordinaria. Después de atravesar dolor, enfermedad y amenazas de muerte, clamó al Señor—y Dios respondió. En el Salmo 30:11–12, David escribe:

“Has cambiado mi lamento en baile; desataste mi cilicio y me ceñiste de alegría. Por tanto, a ti cantaré, gloria mía, y no estaré callado. Jehová Dios mío, te alabaré para siempre.”

David no solo agradeció a Dios cuando la batalla terminó—lo adoró en medio del dolor. La gratitud se convirtió en su canción, no solo en su respuesta.

Bendecidos Sin Medida

La ingratitud también es ciega a las bendiciones espirituales. Se enfoca en lo material y pasa por alto lo eterno.

Pablo nos recuerda en Efesios 1:3:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.”

No estamos vacíos. No estamos abandonados. No estamos olvidados. Somos bendecidos—perdonados, redimidos, escogidos, adoptados, sellados y asegurados en Cristo. Olvidar esto no es solo negligencia—es ingratitud hacia la cruz.

Ingratitud en la Cultura Actual

Nuestra generación es constantemente bombardeada con mensajes que fomentan el descontento.

Las redes sociales promueven la comparación, el marketing prospera en la insatisfacción y el sentido de derecho propio es aplaudido como empoderamiento. En este clima, la gratitud es contracultural.

Muchos han olvidado cómo decir “gracias” a sus padres, líderes, pastores e incluso a Dios. La gratitud ha sido reemplazada por la crítica, la queja y el sentido de derecho. Somos más propensos a pasar de largo sobre nuestras bendiciones que a detenernos y reconocerlas.

Incluso la tecnología contribuye a esta condición. Estamos tan inundados de información y opciones que perdemos de vista los dones simples—la salud, la familia, el alimento, el perdón y la presencia de Dios.

El Fruto de un Corazón Agradecido

La gratitud ablanda el corazón, dirige la mente y nos acerca más a Dios. Nos recuerda que no somos el centro del universo y que todo lo bueno viene de un Padre lleno de gracia.

Cuando somos verdaderamente agradecidos:

- Tenemos más gozo.
- Nos quejamos menos.
- Servimos con más libertad.
- Confiamos más profundamente en Dios.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Me he enfocado tanto en lo que no tengo que he olvidado lo que sí he recibido?
2. ¿Expreso gratitud a Dios diariamente—o solo cuando recibo algo nuevo?
3. ¿Cómo puedo desarrollar un hábito de agradecimiento en mi vida diaria?
4. ¿Qué aspecto tendría vivir plenamente consciente de la gracia que ya he recibido?

Capítulo 8: Impíos y Profanos

En su descripción de los últimos días en 2 Timoteo 3, Pablo incluye dos rasgos estrechamente relacionados: *“impíos y profanos.”* Estas palabras reflejan un profundo desprecio por lo sagrado, un rechazo a la pureza moral y una erosión del temor de Dios. Describen a una generación que no solo ignora los estándares de Dios, sino que los trata con desprecio.

Estos términos pueden sonar extremos a los oídos modernos, pero son cada vez más comunes—hasta entre personas que afirman seguir a Cristo. La santidad a menudo se descarta como anticuada, y la reverencia como innecesaria. Pero la Palabra de Dios no ha cambiado. Él sigue siendo santo, y sigue llamando a su pueblo a ser santo.

¿Qué Significa Ser Impío?

Ser impío es estar contaminado, no consagrado, impuro, inmoral o común. Es lo opuesto a estar apartado para Dios.

Una persona impía vive según los deseos de la carne, trata lo sagrado con ligereza y no considera las consecuencias espirituales del pecado.

Como creyentes, podemos pensar que esta palabra no nos aplica. Sin embargo, la realidad es que la impiedad se infiltra de manera sutil—por medio del compromiso con el mundo, la justificación propia o el pecado secreto. La pornografía, la inmoralidad sexual, la infidelidad, el engaño, el chisme o la amargura son formas de impureza que pueden encontrarse incluso entre los cristianos.

Pablo confronta esto en Colosenses 3:5:

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría.”

Cuando se tolera, el pecado reemplaza nuestra devoción a Dios. La impiedad no se trata solamente de acciones incorrectas—es un corazón que ya no está apartado para Él. Es un compromiso con el mal que corroe desde dentro.

El Diseño de Dios: Santidad en Toda Área

El deseo de Dios es que seamos santos—no solo en nuestra conducta, sino en nuestras relaciones, conversaciones y pensamientos. La santidad no es perfección—es consagración. Significa que estamos apartados para Sus propósitos, caminando en obediencia y reverencia.

Hebreos 12:14 advierte:

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”

La santidad no es opcional. Es la evidencia de que pertenecemos a Dios y el camino por el cual crecemos en intimidad con Él.

¿Qué Significa Ser Profano?

La palabra *profano* significa tratar lo sagrado como algo común o irreverente. Una persona profana no honra lo que Dios ha llamado santo. Esto se refleja en cómo habla, cómo actúa y cómo trata la adoración, la Escritura, la iglesia e incluso el nombre de Dios.

Ser profano es tomar a la ligera lo que el cielo considera serio. Esto se manifiesta en frases como:

- “Es solo una broma.”
- “Dios me perdonará de todos modos.”
- “Sé que la Biblia dice eso, pero...”
- “No es para tanto.”

El nombre de Dios es santo. Su Palabra es sagrada. Su pueblo está llamado a reverenciarlo—no a mencionarlo casualmente cuando conviene.

Efesios 4:29 nos instruye acerca de nuestra manera de hablar:

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.”

La lengua revela el corazón. La blasfemia, el sarcasmo, las bromas vulgares o las palabras descuidadas señalan un problema más profundo: la pérdida de reverencia.

Nuestra Cultura: Insensibilizada y Desconectada

En la sociedad actual, la blasfemia se ha normalizado. Los medios están saturados de vulgaridad. Las cosas sagradas son objeto de burla. La pureza se trata como ingenuidad, y la santidad como legalismo. Incluso los creyentes se han vuelto insensibles a las cosas que entristecen al Espíritu de Dios.

Este cambio es sutil pero peligroso. Cuando dejamos de honrar lo que es santo, comenzamos a alejarnos del Santo.

El Llamado de Dios: Sed Santos, Porque Yo Soy Santo

Dios siempre ha llamado a su pueblo a vivir de manera diferente:

“Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.” (1 Pedro 1:15–16).

Esto no se trata de reglas externas—sino de reverencia interna. Ser santo es reflejar el carácter de Dios en un mundo que lo deshonra.

Preguntas de Reflexión

1. ¿He permitido que el compromiso con el mundo apague mi reverencia por Dios y Su Palabra?
2. ¿Tolero o justifico conductas impías en mí mismo o en otros?
3. ¿Cómo hablo sobre lo sagrado—el nombre de Dios, Su iglesia, Su pueblo?
4. ¿Qué pasos puedo tomar para vivir con más santidad y reverencia intencional?

Capítulo 9: Sin Amor Natural

En su lista de 2 Timoteo 3 sobre la condición de las personas en los últimos días, Pablo menciona uno de los rasgos más alarmantes: que serán “*sin amor*”. Otras traducciones lo expresan como “*sin afecto natural*” o “*despiadados*”. La palabra griega aquí es *astorgos* (ἄστοργος), que significa sin amor familiar, sin afecto natural, de corazón endurecido o inhumano.

Esto no es simplemente una incapacidad para sentir afecto—es la pérdida de compasión, empatía y conexión emocional, especialmente dentro de la familia y entre los semejantes. Describe a una persona cuyo corazón se ha enfriado, que se ha vuelto distante y endurecido hacia los demás.

Sin Amor: Síntoma de un Corazón Endurecido

No tener amor es estar desconectado del mismo carácter de Dios, porque Dios es amor. En un mundo que exalta el egoísmo, la ambición y la libertad

personal por encima del amor sacrificial, no es de extrañar que este rasgo sea cada vez más visible.

Una persona sin amor puede:

- Ignorar el sufrimiento de otros
- Retener el perdón
- No proteger a los vulnerables
- No sentir afecto por su propia familia
- Tratar a las personas como obstáculos y no como almas

Esto no es solo frialdad emocional—es decadencia espiritual. Cuando el amor se va, la oscuridad entra.

La Evidencia del Amor: El Testimonio de 1 Juan

Ningún libro en la Biblia enfatiza el amor de forma más clara que 1 Juan. Una y otra vez, el apóstol define el amor no solo como emoción o palabras, sino como acción enraizada en la justicia y la verdad.

1 Juan 3:10 dice:

“En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios..”

El amor es la marca distintiva entre los que pertenecen a Dios y los que no. Si alguien afirma conocer a Dios pero no ama a otros, Juan no deja espacio para la ambigüedad:

1 Juan 4:8 dice:

“El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor.”

Conocer a Dios es amar, porque Dios es la fuente y definición del amor.

El Poder del Amor

El amor no es débil. El amor no es opcional. El amor no es un tema secundario del cristianismo—es el núcleo.

Según 1 Juan 3:14–17 y 4:20, no podemos amar a Dios mientras odiamos a nuestro hermano. El amor es visible, práctico y sacrificial. Alimenta al hambriento,

cuida al enfermo, perdona al ofensor y renuncia a sus derechos por el bien de otros.

El amor:

- Ablanda los corazones duros
- Salva a los perdidos
- Sana a los quebrantados
- Restaura la unidad
- Refleja la naturaleza misma de Cristo

Sin amor, la iglesia es solo una cáscara vacía. Sin amor, el mundo jamás entenderá quién es Dios, por qué envió a Su Hijo y cuál es el verdadero propósito de la iglesia.

La Promesa del Amor: Arraigada en el Pacto de Dios

El llamado a amar no es solo un mandato del Nuevo Testamento—es parte del plan de pacto de Dios desde el principio. En Génesis 28:14, Dios le dijo a Jacob:

“En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.”

Esa simiente es Cristo, según Gálatas 3:16:

“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: ‘y a las simientes’, como si hablara de muchos, sino como de uno solo: ‘y a tu simiente’, la cual es Cristo.”

El amor que fluye de Cristo es el cumplimiento de la promesa de Dios.

Pablo declara en Hechos 13:32:

“Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús.”

A través de Jesús, el amor se hizo carne—y por medio de la iglesia, ese amor debe llegar a toda nación, a cada hogar y a cada corazón. Somos la prueba viviente del pacto de Dios—si andamos en amor.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Me he vuelto emocionalmente insensible o desconectado de las necesidades de los que me rodean?
2. ¿Guardo resentimiento, falta de perdón o frialdad hacia alguien de mi familia o iglesia?
3. ¿Qué significaría amar de manera práctica, sacrificial y desinteresada esta semana?
4. ¿Es el amor la marca de mi fe—o solo una palabra que uso?

Capítulo 10: Implacables o Irreconciliables

Pablo continúa su lista de rasgos del carácter de los últimos días mencionando un problema profundamente relacional: las personas serán “*implacables*” o “*irreconciliables*” (2 Timoteo 3:3, NASB). La palabra griega aquí es *aspondos* (ἄσπονδοι), que significa sin tratado, sin disposición a la paz, implacable o que rechaza la reconciliación.

Ser irreconciliable es aferrarse a la ofensa, rechazar el compromiso, negarse a perdonar y romper la comunión en lugar de repararla. Describe a alguien que no está dispuesto a vivir en paz—una persona que prefiere cortar la relación antes que extender gracia. Este rasgo es particularmente peligroso porque destruye relaciones, fractura iglesias y divide familias.

¿Qué Significa Ser Irreconciliable?

Una persona irreconciliable:

- Siempre culpa a los demás
- Se niega a perdonar

- Exige acuerdo en lugar de buscar entendimiento
- Rechaza disculpas o se niega a ofrecer una
- Elige la amargura sobre la sanidad
- No hace esfuerzo por restaurar relaciones rotas

No es solo alguien difícil—es alguien cerrado a la restauración. Puede afirmar seguir a Cristo, pero niega Su ejemplo cuando se niega a perdonar.

El Perdón: Un Mandato, No una Sugerencia

El perdón no se basa en si la otra persona lo merece—está arraigado en lo que Cristo ha hecho por nosotros. Perdonamos porque hemos sido perdonados. Retener el perdón es rechazar la gracia que decimos haber recibido.

Pablo escribe en Efesios 4:32:

“Sed más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, así como también Dios os perdonó en Cristo.”

El Peligro de la Amargura

Cuando se rechaza la reconciliación, la amargura comienza a crecer. La amargura es un veneno que avanza lentamente—endurece el corazón, distorsiona nuestra percepción de los demás y, a menudo, se propaga a quienes nos rodean.

El autor de Hebreos advierte:

“Asegúrense de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios; de que ninguna raíz de amargura brote y cause dificultades y corrompa a muchos.” (Hebreos 12:15).

La amargura no se queda aislada. Infecta matrimonios, amistades, iglesias y ministerios. No solo contamina al ofendido—contamina a muchos.

La Paz: Responsabilidad de los Piadosos

La Escritura nos insta a buscar activamente la reconciliación, incluso cuando sea incómoda:

“Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.” (Hebreos 12:14)

La paz no siempre significa estar de acuerdo—pero sí implica humildad, perdón y un corazón abierto. No podemos controlar cómo responden los demás, pero estamos llamados a hacer todo lo que esté de nuestra parte para vivir en paz.

El Verdadero Significado del Perdón

La palabra *perdonar* significa literalmente liberar, limpiar la cuenta, cancelar una deuda. No es decir “no importó”—es decir “elijo no guardarte esto en contra”. El perdón es un acto de gracia, no de emoción. Es libertad, no debilidad.

Perdonar no siempre restaura la confianza, pero siempre restaura nuestro propio corazón. Cuando nos negamos a perdonar, nos encadenamos al dolor y al veneno del pasado.

Jesús lo dejó claro en Mateo 6:14–15:

“Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonaré a ustedes su Padre celestial. Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre perdonará las suyas.”

Esto no es un asunto menor. Dios espera que Su pueblo perdonado sea un pueblo perdonador.

irreconciliabilidad en un Mundo Dividido

Nuestra cultura ha normalizado cancelar, bloquear y dejar de seguir. La ofensa se alimenta, el rencor se celebra y la división se justifica. Somos rápidos para cortar relaciones, lentos para disculparnos y aún más lentos para perdonar.

Pero esto es lo opuesto al corazón de Cristo. Él nos reconcilió *cuando aún éramos pecadores* (Romanos 5:8). La cruz es el acto supremo de reconciliación. Y ahora, como Su pueblo, estamos llamados a ser ministros de reconciliación (2 Corintios 5:18).

Ser irreconciliable es estar fuera de sintonía con el mismo evangelio.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Hay alguien a quien me he negado a perdonar, o a quien evito en lugar de reconciliarme?

2. ¿Estoy más comprometido a tener la razón que a vivir en paz?
3. ¿He permitido que la amargura crezca en mi corazón?
4. ¿Qué paso puedo dar hoy hacia la reconciliación—aunque la otra persona no esté lista?

Capítulo 11: Calumniadores Chismes Maliciosos

Entre los rasgos que Pablo menciona en 2 Timoteo 3 hay uno que silenciosamente destruye familias, amistades, iglesias y reputaciones: **los chismes maliciosos** (o calumniadores).

La palabra griega que Pablo usa es *diabolos* (διάβολος), la misma que se utiliza para Satanás, que significa *acusador* o *calumniador*. Esta conexión no es casualidad. El chisme malicioso refleja la naturaleza misma del enemigo: acusar, dividir y destruir con palabras.

El chisme malicioso es más que una simple charla ociosa. Es un discurso intencionalmente dañino, la difusión de información falsa o perjudicial destinada a herir, humillar o arruinar la reputación de alguien. Puede disfrazarse de preocupación o camuflarse como petición de oración, pero su fruto siempre es el mismo: división, dolor y decadencia espiritual.

El Chisme Penetra el Alma

Chismear es tentador. Ofrece un extraño placer: la sensación de estar “*al tanto*”, de tener información secreta. Pero esos “bocados delicados” no nutren el espíritu; corrompen el alma. El chisme cala hondo, no solo en quien lo escucha, sino aún más en quien lo pronuncia.

Proverbios 18:8 describe el peligroso atractivo del chisme:

“Las palabras del chismoso son como bocados suaves,
Y penetran hasta las entrañas..”

El Daño de la Lengua

La lengua es una de las partes más difíciles de controlar del cuerpo. Santiago escribe:

“pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (Santiago 3:8).

Ese *veneno mortal* a menudo se manifiesta en calumnias, rumores o medias verdades con intención dañina. Se encuentra en lugares de trabajo, familias,

ministerios e incluso desde púlpitos. Y se propaga rápidamente—especialmente en la era de las redes sociales, donde el chisme puede compartirse con un clic y hacerse viral en minutos.

Proverbios 20:19 advierte:

“El chismoso traiciona la confianza; no te juntes con quien habla de más.”

No son solo las palabras las que son peligrosas—es también la compañía que las lleva. Se nos insta no solo a evitar chismear nosotros mismos, sino también a alejarnos de quienes lo practican.

Religiosidad sin Control de la Lengua es Engaño

Santiago da un recordatorio contundente en Santiago 1:26:

“Si alguien se cree religioso pero no refrena su lengua, se engaña a sí mismo, y su religión no sirve para nada.”

Es una palabra dura, pero necesaria. Si nuestra adoración es fuerte el domingo, pero nuestras

palabras son crueles o descuidadas el lunes, nuestra fe no está viva—es autoengaño.

Daremos Cuentas por Cada Palabra

El mismo Señor Jesús nos advierte del peso de nuestras palabras:

“Pero yo les digo que de toda palabra vana que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.” (Mateo 12:36–37).

Las palabras que pronunciamos—y las que elegimos escuchar—revelan la condición de nuestro corazón.

Jesús dijo:

“De la abundancia del corazón habla la boca.” (Mateo 12:34).

Las palabras no son sonidos sin importancia. Son indicadores del alma. Si nuestra boca está llena de calumnias, críticas y chismes, es porque nuestro corazón no está lleno del amor, la humildad y la santidad de Cristo.

El Remedio: Una Lengua Controlada por el Espíritu

El chisme malicioso no puede vencerse solo con fuerza de voluntad. La lengua debe ser rendida al Espíritu de Dios.

Pablo escribe en Efesios 4:29:

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.”

Este es nuestro estándar: hablar lo que edifica, no lo que destruye. Que nuestras bocas sean fuentes de vida, no canales de veneno. Que nuestras conversaciones sanen, no dañen.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Me siento atraído por conversaciones que incluyen chismes o comentarios negativos sobre otros?
2. ¿He usado lenguaje espiritual (preocupación, oración, corrección) como disfraz para la calumnia o la acusación?

3. ¿Cómo sería dejar que el Espíritu Santo guíe mi habla cada día?
4. ¿Reflejan mis palabras el corazón de Cristo —o el espíritu de división?

Capítulo 12: Sin Dominio Propio Intemperantes

Pablo continúa su lista de características peligrosas de los últimos tiempos con una condición espiritual devastadora: “**sin dominio propio**” (2 Timoteo 3:3).

La palabra griega usada aquí es *akratēs* (ἀκρατής), que significa *sin poder sobre uno mismo*, indisciplinado, incapaz de refrenar las pasiones o los impulsos.

El dominio propio no se trata únicamente de resistir la tentación—sino de gobernar la vida interior para que los deseos, emociones y acciones estén sometidos a la voluntad de Dios. Sin dominio propio, las personas se convierten en esclavas de aquello que domina sus deseos, ya sea la ira, la lujuria, la codicia, la adicción o el orgullo.

La Naturaleza Destructiva de una Vida Sin Restricciones

Vivir sin dominio propio es vivir vulnerable a la destrucción.

Proverbios 25:28 compara a tal persona con una ciudad sin murallas:

“Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda.”

Sin dominio propio, las defensas están caídas. El enemigo tiene libre acceso. La tentación se vuelve irresistible, las emociones sobrepasan la razón y los hábitos destructivos se normalizan.

Proverbios 29:11 dice:

“El necio da rienda suelta a toda su ira, pero el sabio, al fin, la sosiega.”

La falta de dominio propio se manifiesta a menudo en el hablar, la ira, los apetitos, la conducta sexual, el gasto y las adicciones. Erosiona la credibilidad personal, destruye relaciones y produce inestabilidad y apatía espiritual.

Ejemplos Modernos de un Mundo Sin Restricciones

En la cultura actual, la gratificación instantánea es celebrada. *“Sigue tu corazón”, “Haz lo que sientas”* y

“Date el gusto” son los lemas de una generación.

Ya sea con atracones de entretenimiento, pornografía, alcohol, compras o redes sociales—el mundo moderno vive del impulso.

Pero este estilo de vida conduce a la ruina: adicción, ansiedad, deudas, relaciones rotas y vacío espiritual. Un mundo sin dominio propio es un mundo sin paz.

El Dominio Propio: Un Fruto del Espíritu

El dominio propio no es un rasgo natural—es un fruto sobrenatural. Es el resultado de rendirse a la obra del Espíritu Santo en nosotros.

Pablo escribe en 2 Timoteo 1:7:

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.”

Este versículo nos recuerda que el dominio propio es posible—pero solo por medio del Espíritu. Lo que la carne no puede dominar, el Espíritu lo somete. No debemos intentar refrenarnos solo con fuerza de

voluntad, sino permaneciendo en Cristo y andando en el Espíritu.

Gálatas 5:22–23 incluye el dominio propio como parte del fruto del Espíritu, lo que significa que crece en nosotros mientras permanecemos arraigados en Dios.

Por Qué Importa el Dominio Propio

El dominio propio es la base de toda otra virtud:

- Sin él, no podemos caminar en pureza.
- Sin él, no podemos liderar con integridad.
- Sin él, no podemos amar con constancia, servir fielmente ni resistir eficazmente el pecado.

No es opcional—es esencial.

Pablo advierte en 1 Corintios 6:12:

“Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna.”

El objetivo no es la restricción por sí misma, sino la libertad a través de la sumisión. El dominio propio conduce a la paz, claridad, gozo y vida santa.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Qué áreas de mi vida están fuera de control—ira, apetitos, emociones, hábitos o deseos?
2. ¿Estoy confiando en mi fuerza de voluntad o en el Espíritu Santo para producir un cambio duradero?
3. ¿Qué prácticas puedo desarrollar para crecer en disciplina diaria y fortaleza espiritual?
4. ¿Valoro el fruto del dominio propio como esencial—o justifico mi falta de él?

Capítulo 13: Crueles

Entre los rasgos peligrosos que Pablo enumera en 2 Timoteo 3:3, hay uno impactante y profundamente inquietante: **“cruels.”** La palabra griega usada aquí es *anēmeros* (ἀνήμερος), que significa *salvaje, feroz, indómito o incivilizado*. Describe a una persona que ha perdido toda ternura, misericordia o compasión—alguien capaz de crueldad sin conciencia.

Llamar a alguien “cruel” no es una acusación ligera. Va más allá de la grosería o la aspereza. Señala un alma endurecida ante el dolor ajeno y dispuesta a actuar con violencia—ya sea física, emocional o verbal. Estas son personas que hacen la vida insoportable, tal como Pablo describe al inicio de este capítulo:

“Pero debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos.” (2 Timoteo 3:1).

La palabra “peligrosos” no solo se refiere a las condiciones externas, sino también a la naturaleza de

las personas mismas—personas sin conciencia, sin empatía, guiadas por el interés propio incluso a costa del sufrimiento ajeno.

¿Qué Significa Ser Cruel?

Ser cruel es:

- **Cruel en el hablar** – usando palabras para intimidar, manipular o destruir
- **Duro en las acciones** – insensible, controlador o violento hacia otros
- **Insensible en la respuesta** – sin mostrar simpatía por el herido o vulnerable
- **Despiadado en la ambición** – pisoteando a otros para lograr beneficios propios

Una persona cruel suele estar impulsada por la ira, la venganza, la codicia o el orgullo. No está gobernada por restricciones morales ni tocada por la compasión.

En palabras de Pablo, son indómitos. Como una bestia salvaje, siguen sus instintos sin límites.

La crueldad Es Señal de un Corazón Endurecido

La Escritura enseña que uno de los peores juicios que puede sufrir una persona es tener el corazón endurecido—un corazón que ya no siente convicción, culpa ni compasión. Faraón, al ser confrontado con el poder de Dios, “endureció su corazón” una y otra vez, hasta llegar a la crueldad contra su propio pueblo e incluso su propia familia.

En Romanos 1:28–31, Pablo describe el resultado de rechazar a Dios:

“Dios los entregó a una mente depravada... Están llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malicia. Son murmuradores, calumniadores... sin amor, despiadados.”

La crueldad, en este sentido, no es solo un rasgo de personalidad—es evidencia de una vida alejada de Dios, donde la conciencia está cauterizada y la decencia humana ha sido abandonada.

La crueldad en el Mundo Actual

La crueldad moderna no siempre es física. Muchas veces es emocional y psicológica: abuso en relaciones, acoso escolar, ataques verbales en línea, explotación laboral o manipulación en el liderazgo.

Se manifiesta en medios violentos, donde la crueldad se convierte en entretenimiento. Aparece en la política, donde se demoniza al oponente. Se infiltra en los hogares, donde los temperamentos estallan y la misericordia se retiene. Incluso se encuentra en las iglesias, donde el legalismo o el poder se usan para controlar en lugar de sanar.

Vivimos en una cultura donde muchos ya no se sonrojan ante la crueldad, y la bondad a menudo se percibe como debilidad. Pero Dios lo ve de otra manera.

Dios Se Opone a la Crueldad y Honra la Misericordia

A lo largo de la Escritura, Dios se pone en contra del cruel y al lado del quebrantado.

Él llama a Su pueblo a ser compasivo, tierno y misericordioso, reflejando el corazón de Jesús:

“Sed bondadosos y compasivos unos con otros, perdonándoos mutuamente, así como Dios os perdonó en Cristo.” (Efesios 4:32).

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.” (Mateo 5:7).

Jesús mismo fue manso y humilde, pero firme en justicia. Nunca usó Su poder para aplastar a las personas—lo usó para levantarlas, restaurarlas y sanarlas. Sus palabras nunca fueron crueles, aun cuando confrontaba el pecado. Él estaba lleno de verdad y gracia.

Cómo Superar un Espíritu Cruel

Un corazón cruel puede ser sanado—pero solo mediante el arrepentimiento y la obra transformadora del Espíritu Santo. Donde la carne quiere dominar, el Espíritu enseña a servir. Donde la ira surge, el Espíritu provee mansedumbre. Donde la crueldad ha sido un patrón, el Espíritu cultiva bondad.

Tito 3:2–3 nos recuerda quiénes éramos y quiénes estamos llamados a ser:

“...que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres. Porque en otro tiempo nosotros también éramos insensatos, desobedientes, extraviados... viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y odiándonos unos a otros.”

El Evangelio no solo perdona nuestra crueldad—nos transforma en personas que edifican, no que destruyen.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Me he vuelto emocionalmente insensible o agresivo hacia otros—especialmente en mi hablar o conducta?
2. ¿Justifico la dureza como si fuera fortaleza, en lugar de reconocerla como pecado?
3. ¿Qué aspecto tendría elegir la mansedumbre donde antes reaccionaba con frustración o ira?
4. ¿Estoy permitiendo que el Espíritu Santo ablande y sane las áreas duras de mi corazón?

Capítulo 14: Aborrecedores de lo Bueno

En la lista de rasgos peligrosos de los últimos tiempos que Pablo presenta, uno golpea directamente el corazón de la justicia: que las personas llegarán a ser “**aborrecedores de lo bueno**” (2 Timoteo 3:3). Esto no es indiferencia pasiva—es hostilidad activa contra lo que es recto, puro y piadoso.

La palabra griega usada es ἀφιλάγαθος (*aphilágathos*), que literalmente significa “no amar lo bueno” o “despreciar lo que es bueno”. Describe a quienes han desviado sus afectos de la verdad, la justicia y la piedad—para abrazar, promover o proteger lo malo.

La definición de un “aborrecedor” es alguien que siente un rechazo profundo hacia una persona o cosa; alguien que critica, desalienta o intenta destruir lo que es correcto, beneficioso o hermoso. Pablo advierte que

en los últimos días, la gente no solo tolerará el mal—sino que se opondrá y se burlará de lo bueno.

Llamando al Mal Bien y al Bien Mal

Esta inversión moral no es nueva. El profeta Isaías lanzó una advertencia seria contra tales personas:

“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” (Isaías 5:20).

En otras palabras, estas personas invierten las definiciones de lo correcto y lo incorrecto. Celebran el pecado y avergüenzan la virtud. Se sienten repelidos por la integridad y atraídos por la corrupción. Rompen los límites que Dios ha establecido, abrazando la confusión y la rebelión.

Cuando el Liderazgo Aborrece lo Bueno

Uno de los ejemplos más claros de aborrecer lo bueno se ve en el liderazgo de Israel en tiempos de Miqueas.

En Miqueas 3:1–2, el profeta reprende a los líderes de la nación:

“Oíd ahora, príncipes de Jacob y jefes de la casa de Israel: ¿No os concierne a vosotros saber lo que es justo? Vosotros que aborrecéis lo bueno y amáis lo malo, que les arrancáis la piel de encima a mi pueblo y la carne de sobre sus huesos...”

Estos líderes, llamados a defender la justicia, usaban su poder para abusar, manipular y explotar. En lugar de desarrollar a la gente, la destruían; en lugar de dirigir con claridad, los sumían en confusión; pervertían el derecho y buscaban sobornos (Miqueas 3:5–12).

El aborrecedor de lo bueno no siempre es abiertamente violento—puede ser refinado y educado, incluso ocupar cargos de influencia—pero con valores torcidos. Ataca lo santo, rechaza lo sagrado y silencia lo justo.

Ejemplos Modernos de Aborrecer lo Bueno

Hoy vemos este espíritu en muchas formas:

- Inversión moral en los medios, donde la inmundicia se normaliza y la virtud se ridiculiza.
- Sistemas políticos que persiguen a quienes defienden la verdad.
- Figuras culturales que avergüenzan la modestia, la disciplina y la fe.
- Incluso en iglesias, donde convicciones bíblicas se catalogan como anticuadas u “odiosas”.

Este es el mismo espíritu que crucificó a Cristo, eligiendo a Barrabás sobre Jesús. Cuando Pilato ofreció liberar a un preso, la multitud gritó: “*¡No a este, sino a Barrabás!*” (Juan 18:40). Jesús, la encarnación misma de la bondad, fue rechazado en favor de un criminal. Ésa es la máxima expresión de aborrecer lo bueno.

El Corazón del Problema

Aborrecer lo bueno es, en última instancia, aborrecer a Dios—porque Dios es bueno.

El Salmo 100:5 declara:

“Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones.”

Cuando las personas desprecian la bondad, muestran un corazón frío, orgulloso y rebelde.

Jesús dijo en Juan 3:19:

“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.”

Cuando el corazón escoge la oscuridad en lugar de la luz, se vuelve hostil hacia todo lo que expone su pecado. Por eso combate la bondad y a quienes la representan.

Caminar en el Espíritu Opuesto

Los creyentes debemos resistir esta tendencia y caminar en el espíritu opuesto. Estamos llamados a amar lo bueno, como Pablo instruyó a Tito:

“Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes; presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras...” (Tito 2:6–7).

En un mundo que aborrece lo bueno, Dios está levantando un remanente que ama la verdad, la justicia, la misericordia y la santidad. Somos llamados a ser luz en la oscuridad, sal en la corrupción y testigos vivientes de que la bondad no solo es real—sino poderosa.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Hay áreas en mi vida donde resisto o ridiculizo lo que es bueno, santo o puro?
2. ¿Permanezco en silencio cuando se burla la verdad, o me mantengo firme y confiado en los caminos de Dios?
3. ¿Estoy cultivando un corazón que ame lo que Dios ama y odie lo que Él odia?
4. ¿Cómo puedo, de forma práctica, defender y celebrar la bondad en mi hogar, trabajo e iglesia?

Capítulo 15: Traidores

Pablo advirtió que en los últimos días las personas se volverían **“traidoras”** (2 Timoteo 3:4). La palabra griega usada es *προδότης* (*prodótēs*), que se refiere a un traidor, alguien que entrega a otros mediante traición—una persona que rompe la confianza, viola la lealtad y expone a otros al peligro por beneficio propio. Un traidor no es simplemente alguien que discrepa contigo; es alguien que aparenta ser leal, pero se vuelve contra ti cuando le conviene o le resulta provechoso.

Traición Bíblica: Judas Iscariote

El traidor más infame de la Biblia es Judas Iscariote, uno de los doce discípulos de Jesús.

En Mateo 26:14–16 leemos:

“Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata.

Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle.”

Judas caminó con Jesús, escuchó Sus enseñanzas, presenció Sus milagros y participó en Su ministerio. Sin embargo, al final vendió esa relación por un puñado de plata. Su traición no fue solo contra un amigo—fue contra el Hijo de Dios. Lo que hace que la traición sea tan dolorosa es que viene desde dentro del círculo de confianza.

El Salmo 41:9 profetiza:

“Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar.”

Judas es un recordatorio contundente de que la traición muchas veces lleva un rostro familiar.

El Corazón de un Traidor

En la raíz de la traición está la avaricia, el miedo, el orgullo o la auto preservación. Un traidor suele ser alguien oportunista, que cambia de bando, revela secretos o compromete lealtades para proteger sus propios intereses.

En el ámbito político, esto puede significar volverse contra la propia nación. En el ministerio o las relaciones personales, puede ser traicionar la confianza, el honor o la unidad.

Jesús dijo en Lucas 6:45:

“El que es bueno, de la bondad que atesora en el corazón produce el bien; pero el que es malo, de su maldad produce el mal, porque de lo que abunda en el corazón habla la boca.”

Un traidor no tropieza accidentalmente en la traición. Comienza en el corazón—donde la lealtad pierde valor y la ambición egoísta se cultiva.

Cuando los Líderes Traicionan la Confianza

El daño de la traición se multiplica cuando proviene de líderes—pastores, mentores, cónyuges o personas en posiciones de influencia. Cuando fallan en carácter y traicionan a quienes confían en ellos, destruyen la confianza y dañan la reputación.

Proverbios 25:19 advierte:

“Como diente roto y pie descoyuntado es la confianza en el prevaricador en tiempo de angustia.”

En otras palabras, no se puede depender de un traidor. Cuando llega la dificultad, colapsa o huye, dejando heridos a quienes dependían de él.

Traidores en la Iglesia

Tristemente, incluso en la iglesia existen traidores. Algunos usan su posición para ganar influencia, solo para sembrar discordia. Otros filtran información privada, difaman a otros creyentes o manipulan situaciones para beneficio personal.

Pablo experimentó esto de primera mano cuando Demas, uno de sus compañeros de ministerio, lo abandonó.

En 2 Timoteo 4:10 escribe:

“Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica...”

Demas no era un extraño—era un socio de confianza. Su traición fue motivada por amor al mundo y un corazón dividido.

La Cura: Fidelidad e Integridad

Lo opuesto a un traidor es alguien fiel, digno de confianza y leal—aun cuando le cueste algo.

Jesús dijo:

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel...” (Lucas 16:10).

Dios valora la lealtad de pacto. Nos llama a ser guardianes de la confianza, defensores de la unidad y protectores de la reputación de los demás. La traición puede ofrecer una ganancia temporal, pero cosecha tristeza duradera—como sucedió con Judas.

Preguntas de Reflexión

1. ¿He traicionado alguna vez la confianza de alguien—intencionalmente o por silencio?

2. ¿Valoro más el avance personal que la integridad y la lealtad?
3. ¿De qué maneras puedo construir una reputación como persona fiel y confiable?
4. ¿Cómo puedo guardar mi corazón contra las semillas de la traición: orgullo, avaricia u ofensa?

Capítulo 16: Impetuosos o Imprudentes

En 2 Timoteo 3:4, Pablo incluye “imprudentes” entre los dieciocho rasgos de carácter que dominarán los últimos días. La palabra griega aquí es *προπετής* (*propetes*), que significa obstinado, precipitado o impulsivo—alguien que avanza sin pensar ni contenerse. Una persona imprudente es peligrosa no solo por lo que hace, sino por lo que se niega a considerar: las consecuencias de su comportamiento.

La Naturaleza de la Imprudencia

Ser imprudente es ser descuidado, indiferente, negligente o precipitado. Es un rasgo marcado por la falta de sabiduría, la negativa a detenerse y reflexionar, y la resistencia a recibir consejo.

Un imprudente avanza con terquedad, actuando muchas veces por emoción o impulso sin importar el daño que pueda causar.

Proverbios 14:16 advierte:

“El sabio teme y se aparta del mal; mas el insensato se muestra insolente y confiado.”

La imprudencia se manifiesta de muchas maneras —en las relaciones, en los negocios, en el ministerio, en las palabras y en el estilo de vida. Puede verse en expresiones verbales sin filtro, gastos sin control, hábitos adictivos, conductas arriesgadas o decisiones precipitadas tomadas sin oración ni planificación.

Palabras Imprudentes

Una de las expresiones más dañinas de la imprudencia es con la lengua.

Proverbios 12:18 dice:

“Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada; mas la lengua de los sabios es medicina.”

El imprudente puede hablar sin filtro, descargar su ira, difundir chismes libremente o hacer declaraciones atrevidas que no puede cumplir. A veces justifican esto diciendo que “solo están siendo sinceros” o “diciendo las cosas como son,” pero en realidad están

hiriendo a otros con palabras irreflexivas. Una vez dichas, tales palabras son difíciles—si no imposibles—de deshacer.

Vida Imprudente y Deseo de Aprobación

Algunos actúan imprudentemente para llamar la atención o sentirse aceptados. Empujan los límites para demostrar algo—a otros o a sí mismos. Esto es especialmente común en generaciones jóvenes bombardeadas por las redes sociales, donde las imprudencias y declaraciones polémicas se recompensan con “me gusta” y compartidos. Pero la Palabra de Dios nos recuerda que la imprudencia no es valentía. A menudo está enraizada en el orgullo, la inseguridad o la necesidad.

El hijo pródigo en Lucas 15 es un ejemplo clásico. Exigió su herencia anticipada y la desperdició en vida disoluta (Lucas 15:13). Sus acciones no lo llevaron a la libertad, sino a la escasez. No fue hasta que se humilló y volvió a su padre que comenzó la restauración.

Imprudencia Espiritual

La imprudencia también es peligrosa en la vida espiritual. Algunos creyentes se lanzan al ministerio sin preparación, consejo ni rendición de cuentas. Otros hacen cambios drásticos en su vida basados en sentimientos más que en fe. Y otros juegan con el pecado, asumiendo que tendrán tiempo de arrepentirse después. Pero la Palabra nos exhorta a caminar sobria, sabia y cuidadosamente, en sintonía con el Espíritu (Efesios 5:15–17).

Dios llama a Su pueblo a vivir con responsabilidad, no con imprudencia. A honrar los límites, buscar consejo sabio y evaluar nuestras decisiones en oración. La imprudencia ignora todas estas protecciones y pone en riesgo tanto nuestra vida como la de los demás.

El Llamado a la Sabiduría

Santiago 3:17 nos da una imagen de la sabiduría que viene de Dios:

“Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de

misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía.”

Como seguidores de Cristo, no estamos llamados a vivir con temor—pero tampoco a vivir neciamente. El Espíritu Santo nos provee de dominio propio y discernimiento, permitiéndonos vivir con propósito y claridad. Lo opuesto a la imprudencia no es la cobardía—es la obediencia medida.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Tiendo a actuar o hablar impulsivamente sin considerar las consecuencias?
2. ¿He herido a otros con decisiones, palabras o acciones imprudentes?
3. ¿En qué áreas de mi vida necesito reducir la velocidad y buscar consejo sabio?
4. ¿Cómo puedo crecer en sabiduría y dominio propio según Dios?

Capítulo 17: Infatuados o Engreídos

En 2 Timoteo 3:4, Pablo identifica a los “engreídos” como uno de los rasgos dominantes en las personas durante los tiempos peligrosos.

La palabra griega usada aquí es *τυφώω* (*tuphoō*), que significa estar hinchado, cegado por el orgullo o envuelto en humo. Pinta un cuadro vívido de alguien que ha permitido que la autoimportancia nuble su visión y distorsione su sentido de la realidad.

Una persona engreída no es simplemente alguien seguro de sí mismo—es alguien inflado con una opinión exagerada de sí mismo. Este rasgo se manifiesta en arrogancia espiritual, orgullo personal y en la incapacidad de reconocer la necesidad de crecer o de recibir corrección.

Una Autoimagen Engañosa

El engreimiento distorsiona la percepción que una persona tiene de sí misma. Pablo lo dice claramente en Gálatas 6:3:

“Si alguien se cree algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo.”

El peligro del engreimiento radica en su sutileza. No siempre se presenta como alarde ruidoso. A veces se esconde detrás de títulos espirituales, éxitos ministeriales o una apariencia de confianza. Pero debajo de la superficie hay un corazón que no está dispuesto a ser enseñado, corregido o humillado.

El Engreimiento en el Liderazgo

El engreimiento puede ser especialmente dañino en el liderazgo. Muchos líderes con egos inflados desarrollan un complejo de superioridad, convencidos de que tienen todas las respuestas y que nadie más está a su nivel. En lugar de ser pastores, se convierten en tiranos—fácilmente ofendidos, rápidos para dominar y lentos para escuchar.

Pablo advierte de esto en 1 Timoteo 6:3–5:

“Si alguno enseña otra doctrina, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, está

envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras...”

Tales líderes a menudo crean división y confusión, usando su influencia no para servir, sino para proteger su propia imagen y control. Enmascaran la inseguridad con agresividad, y la verdadera humildad con una actuación pulida. Este tipo de engreimiento puede destruir iglesias, ministerios y familias.

Impacto en las Relaciones

Las personas engreídas tienen dificultad para mantener relaciones sanas porque priorizan su propia importancia por encima de los demás.

Pablo escribe en Filipenses 2:3–4:

“Nada hagáis por egoísmo o por vanagloria; antes bien, con actitud humilde, considerando cada uno a los demás como más importantes que a sí mismo...”

Cuando estamos engreídos, no somos enseñables. No escuchamos. No pedimos perdón. No honramos a los demás.

El corazón engreído ve la vida a través del lente del derecho propio, no de la gratitud—y del rendimiento, no del servicio.

Una Advertencia a los Nuevos Creyentes

Pablo también advierte contra poner a nuevos convertidos en posiciones de liderazgo demasiado pronto.

En 1 Timoteo 3:6 dice:

“No debe ser un recién convertido, no sea que se envanezca y caiga en la condenación en que cayó el diablo.”

La madurez espiritual requiere tiempo, pruebas y el desarrollo de la humildad. Sin ese proceso, incluso las personas bien intencionadas pueden ser vencidas por el orgullo. El engreimiento fue lo que llevó a Lucifer a caer del cielo—no es un asunto menor. Cuando los líderes son elevados sin estar arraigados en el carácter, su engreimiento puede causar gran daño.

La Respuesta de Dios: Humildad

El antídoto contra el engreimiento es la humildad —un rasgo que no es debilidad, sino fortaleza. Una persona humilde no piensa menos de sí misma— simplemente piensa menos *en* sí misma. Es lo suficientemente segura para celebrar a otros, admitir errores y buscar sabiduría.

Santiago 4:6 dice:

“Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes.”

Si Dios resiste a los orgullosos, debemos ser intencionales en resistir el orgullo en nosotros mismos. La verdadera grandeza en el reino no se mide por el estatus, sino por el servicio.

Preguntas de Reflexión

1. ¿A menudo me siento superior a otros en capacidad, conocimiento o espiritualidad?
2. ¿Estoy dispuesto a recibir corrección, incluso de aquellos a quienes dirijo?

3. ¿Cómo reacciono ante la crítica? ¿Con enseñabilidad o con ofensa y orgullo?
4. ¿De qué maneras puedo elegir activamente la humildad sobre el engreimiento en mis relaciones y liderazgo?

Capítulo 18: Amadores de los Deleites Más que de Dios

Este es el último de los dieciocho rasgos que Pablo enumeró en 2 Timoteo 3:1–5 describiendo la condición peligrosa del corazón humano en los últimos días:

“amadores de los deleites más que de Dios.”

La palabra griega usada aquí para “placer” es *ἡδονή* (*hēdonē*), de donde proviene la palabra “hedonismo”: la búsqueda del placer como el objetivo supremo de la vida.

Pablo no condena el disfrute o el descanso, sino un corazón que coloca el placer por encima de Dios, que adora la gratificación en lugar del Dador.

¿Qué Está Tomando el Lugar de Dios?

Los amadores de los placeres buscan la gratificación sensorial, emocional o material por encima de todo. Esta búsqueda puede incluir comida, entretenimiento, dinero, sexo, fama, viajes, pasatiempos o descanso.

Pero el problema no es el placer en sí mismo—es el desplazamiento de Dios del centro del corazón.

Debemos preguntarnos:

- ¿Amo la comida tanto que ignoro el dominio propio?
- ¿Trabajo tanto que descuido mi tiempo con Dios, mi familia y Su pueblo?
- ¿Amo el dinero tanto que retengo en vez de dar?
- ¿Amo el entretenimiento tanto que descuido la Palabra de Dios?
- ¿Amo el sexo o la fantasía tanto que domina mi mente?

Estas preguntas no buscan provocar vergüenza, sino una **reorientación**: volver a poner nuestro corazón en lo que más importa.

Como nos recuerda Proverbios 4:23:

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida.”

La Era de la Indulgencia

Vivimos en un mundo obsesionado con la comodidad, el placer, el entretenimiento y la conveniencia. El mundo dice: *"Sigue tu corazón"*, pero la Palabra dice:

"Niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lucas 9:23).

Ese no es un mensaje popular en una cultura que alimenta constantemente nuestra carne. El diablo aprovecha esta obsesión.

1 Juan 2:16 lo declara claramente:

"Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo."

El amor por el placer puede cegarnos, adormecer nuestros sentidos espirituales y endurecer nuestros oídos a la voz de Dios.

Poco a poco, nos alejamos de la disciplina espiritual, de la oración profunda y de la vida santa.

La Sutil Forma de Piedad

Pablo añade algo impactante después de nombrar este rasgo:

“Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita.” 2 Timoteo 3:5

Esto significa que algunos amadores del placer pueden aparentar religiosidad: asistir a la iglesia, servir, citar Escritura, pero su corazón está más atado a la comodidad que a Cristo. Parecen piadosos, pero están vacíos. Su apetito por el placer se ha convertido en su verdadero dios.

Jesús habló de esta hipocresía en Mateo 15:8:

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.”

La Guerra Interior

Pablo mismo entendió este conflicto interno. En Romanos 7:15–17 dijo:

“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago... ya no

soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí.”

Incluso Pablo reconoció que la carne y el espíritu están en guerra. La diferencia es que él decidió luchar. Ser amante de Dios significa estar dispuesto a pelear contra nuestros deseos, rindiéndolos cada día a Jesús. Significa elegir lo eterno sobre lo temporal, la obediencia sobre la indulgencia, el sacrificio sobre el yo.

Un Llamado a Regresar

El último rasgo—ser amadores de los placeres más que de Dios—puede ser el más peligroso porque se siente tan normal. Nuestra cultura celebra el placer y disfraza la idolatría como *“cuidado personal”*. Pero la Escritura nos llama a un amor mejor, más profundo. Un amor arraigado no en el sentimiento, sino en la fidelidad.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Hay algo en mi vida que constantemente elijo por encima de mi tiempo con Dios?

2. ¿He justificado el exceso de placer en nombre del descanso, la comodidad o la recompensa?
3. ¿Qué disciplinas (oración, lectura de la Palabra, adoración, servicio) han pasado a segundo lugar en mi vida?
4. ¿Estoy guardando activamente mi corazón para que no se vuelva insensible a las cosas espirituales?

Capítulo 19: ¿Dónde Están Estos Hombres Peligrosos?

Después de examinar cuidadosamente las dieciocho características que Pablo enumera en 2 Timoteo 3:1–5, nos queda una pregunta inquietante:

¿Dónde están estos hombres?

La respuesta: están **en todas partes**.

Estos hombres peligrosos no están confinados a prisiones o callejones oscuros. No son solo criminales endurecidos o radicales marginales. Muchos están en posiciones de poder, riqueza e influencia. Visten trajes, sostienen micrófonos, firman leyes, construyen empresas, dirigen instituciones, influyen en millones —y con frecuencia, son admirados.

Pueden tener ideologías distintas, hablar diferentes idiomas o representar agendas políticas opuestas, pero a menudo comparten la misma condición espiritual: **un corazón corrompido por el orgullo, el egoísmo y la rebelión contra Dios**.

Hombres Peligrosos en el Poder

Muchos líderes nacionales y mundiales hoy exhiben los mismos rasgos que Pablo advirtió:

- **Dictadores y autócratas:** crueles, jactanciosos, arrogantes, sin amor y sin dominio propio. Oprimen la disidencia, reescriben la historia y se exaltan por encima de su pueblo—y a veces por encima de Dios.
- **Líderes populistas:** manipulan a las masas con calumnias, discurso ofensivo, odio a lo bueno y amor al dinero. Crean división para su propio beneficio y demonizan a sus oponentes.
- **Influencers y celebridades seculares:** amadores de sí mismos, amadores de los placeres más que de Dios. Promueven valores impíos, inmorales y contrarios a la familia, glorificando el pecado bajo la bandera de la autoexpresión y la libertad.
- **Políticos y magnates corruptos:** traidores, codiciosos, irreconciliables y altivos. Traicionan la confianza pública, explotan a otros para

obtener ganancias y actúan con impunidad—protegidos por su riqueza o influencia.

- **Líderes religiosos:** con apariencia de piedad pero sin poder, que enseñan doctrinas distorsionadas por lucro, se comprometen con el mundo o viven en fracaso moral mientras predicán santidad.

No Es Política—Es Profecía

Este no es un llamado a apoyar a un partido sobre otro, ni a una nación sobre otra. **Cada corriente política—izquierda, derecha o centro—ha sido infectada por hombres peligrosos.** Pablo describe una condición universal de la humanidad caída en los últimos días. No se trata de izquierda vs. derecha; se trata de **justicia vs. rebelión.**

Jesús advirtió que en los últimos días,
“por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:12).

Y Pablo dijo a Timoteo que estos hombres entrarán en las casas, engañarán a los vulnerables y se opondrán a la verdad con osadía (2 Timoteo 3:6–8).

Hombres Peligrosos en la Sociedad

Estos hombres no solo están en el gobierno. También están en:

- **Salas de juntas** donde la codicia reemplaza la ética.
- **Sistemas educativos** donde la verdad absoluta se reemplaza con relativismo moral.
- **Medios de comunicación** donde la mentira se normaliza y la difamación se celebra.
- **Púlpitos** donde la verdad se diluye para ganar popularidad.
- **Hogares** donde los padres abandonan a sus familias y el egoísmo reemplaza el amor y el sacrificio.

Vivimos en una época donde los rasgos que Pablo menciona no solo están presentes—**son aplaudidos**.

Pero Dios Aún Tiene un Remanente

Aun en tiempos peligrosos, Dios no está ausente. Él siempre preserva un remanente. En los días de Elías, cuando él pensó que era el último profeta, Dios le recordó que había **7,000 que no habían doblado la rodilla ante Baal** (1 Reyes 19:18).

Hoy todavía hay hombres y mujeres humildes y piadosos, que viven en reverencia y no en rebelión. Caminan en verdad, no en orgullo. Aman la justicia, no el placer. Ellos son el antídoto contra los hombres peligrosos. Y sus voces deben levantarse.

Un Llamado al Discernimiento

Como creyentes, no estamos llamados a entrar en pánico, sino a discernir. Pablo dijo a Timoteo:

“A éstos evita” (2 Timoteo 3:5).

Esto no significa escondernos, sino **rehusar imitar, seguir o someternos a sistemas corruptos o a personas que encarnan estos rasgos**. Estamos llamados a ser luz en medio de la oscuridad, a vivir

contraculturalmente, a estar en el mundo pero no ser del mundo.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Hay voces influyentes en mi vida que reflejan el carácter de los hombres peligrosos?
2. ¿Puedo reconocer cuándo la verdad espiritual está siendo torcida o el liderazgo piadoso está siendo comprometido?
3. ¿Cómo puedo alzar mi voz y mi ejemplo como parte del remanente de Dios en estos últimos días?

Conclusión: El Carácter Importa Más Que Nunca

La advertencia de Pablo en 2 Timoteo 3:1–5 no es solo una visión profética del futuro—es un diagnóstico actual de la condición espiritual de nuestra cultura, nuestro liderazgo y, a menudo, de nuestros propios corazones.

Estos tiempos peligrosos no se definen únicamente por la inestabilidad política o los desastres naturales, sino por un **profundo y generalizado déficit de carácter en la humanidad**.

Pablo describe este colapso moral en 18 rasgos claros. Pero no nos deja adivinando la raíz del problema. En 1 Timoteo 6:3–5, explica que **apartarse de la sana doctrina conduce a un comportamiento destructivo**.

Lo que creemos moldea cómo nos comportamos. La doctrina no es teología seca—es la raíz de un carácter piadoso. Cuando la gente tuerce la verdad de

Dios o la rechaza por completo, eso se manifiesta en orgullo, codicia, rebelión y engaño.

Pablo repite la misma preocupación en Romanos 16:17, advirtiéndolo a los creyentes que se cuiden de aquellos que causan divisiones y ponen tropiezos contrarios a la enseñanza que hemos recibido. Su solución es clara: **evítalos**.

No los sigas.

No te asocies con ellos.

No les des influencia sobre tu vida.

Estos cuatro versículos lo dejan innegable:

- **2 Timoteo 3:5** – “A éstos evita, y apártate de ellos.”
- **1 Timoteo 6:5** – “Apártate de los tales.”
- **Romanos 16:17** – “Apartaos de ellos.”
- **1 Corintios 5:11** – “Con el tal ni aun comáis.”

El hilo común es la **separación**—no en una superioridad juzgadora, sino en discernimiento y santidad.

Dios no nos llama a vivir con miedo o aislamiento; nos llama a vivir **distintos**.

El Liderazgo y la Asociación Importan

Como líderes, debemos ser especialmente cuidadosos con quién nos rodeamos. La influencia es contagiosa. Una sola relación comprometida puede erosionar una vida entera de integridad. Como creyentes, debemos ser sabios en a quién seguimos, votamos, escuchamos o admiramos.

El talento o carisma de una persona nunca debe pesar más que su carácter.

El Llamado a un Carácter como el de Cristo

En contraste con los hombres peligrosos que describe Pablo, estamos llamados a reflejar el carácter de nuestro Señor Jesucristo: **humilde, amoroso, santo, veraz, con dominio propio, perdonador y fiel**.

La única cura para estos tiempos peligrosos es un **retorno a Cristo y a Sus principios del Reino**. La sana doctrina debe convertirse en vida sana.

El carácter piadoso debe ser nuestra mayor ambición.
Y Jesús debe ser nuestro máximo ejemplo.

Seamos hombres y mujeres que se mantengan firmes en la fe, que amen la verdad, que caminen en integridad, y que no se conformen a este mundo, sino que sean transformados por la renovación de su entendimiento (Romanos 12:2).

Los tiempos peligrosos requieren creyentes valientes—no solo en palabras, sino en carácter.

Acerca del Autor

Oscar Nuncio es maestro de la Biblia, autor y ministro ordenado con un Doctorado en Ministerio.

Oscar Nuncio se desempeña como Coordinador de Eventos y Administrador de *Harvest Preparation International Ministries* (HPIM), un ministerio global dedicado a equipar a líderes de iglesia para un ministerio eficaz en la iglesia local. A través de escuelas bíblicas y seminarios de liderazgo, HPIM ha graduado a miles de estudiantes, incluyendo Kenia, Ruanda, Uganda, Burundi, Venezuela y México.

Con décadas de experiencia ministerial, Oscar combina la verdad bíblica con una perspectiva práctica del mundo real, inspirando a los cristianos a vivir con discernimiento, valentía y fe. Su enseñanza está arraigada en las Escrituras, moldeada por el trabajo misionero y alimentada por una pasión por ver a la iglesia florecer.

Puedes contactarlo en: **onuncio1@gmail.com**